



26

julio

Domingo XVII

Tiempo Ordinario

(Ciclo B) – 2015

Índice

para utilizar el índice en la web haz clic en "[Ver mensaje entero](#)" al final del mensaje

Textos Litúrgicos

- [Lecturas de la Santa Misa](#)
- [Guión para la Santa Misa](#)

Advertencia

Directorio Homilético

Exégesis

- [Raymond Brown](#)
- [P. Joseph M. Lagrange, O. P.](#)

Comentario Teológico

- [S.S. Benedicto XVI](#)

Santos Padres

- [San Agustín](#)

Aplicación

- [P. Alfredo Sáenz, S.J.](#)
- [San Juan Pablo II](#)
- [P. Gustavo Pascual, I.V.E.](#)

Ejemplos Predicables

Textos Litúrgicos

Lecturas de la Santa Misa

Domingo XVII Tiempo Ordinario (B)

(Domingo 26 de julio de 2015)

TEXTOS LITÚRGICOS

LECTURAS

Comerán y sobrarán

Lectura del segundo libro de los Reyes

4,42-44

En aquellos días:

Llegó un hombre de Baal Salisá, trayendo pan de los primeros frutos para el profeta Eliseo, veinte panes de cebada y grano recién cocido, en una alforja.

Eliseo dijo: «Dáselo a la gente para que coman».

Pero su servidor respondió: «¿Cómo voy a servir esto a cien personas?»

«Dáselo a la gente para que coman, replicó él, porque así habla el Señor: "Comerán y sobrarán"».

El servidor se lo sirvió; todos comieron y sobró, conforme a la palabra del Señor.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

144, 10-11. 15-18

R. Abres tu mano, Señor, y nos colmas con tus bienes.

Que todas tus obras te den gracias, Señor,
y tus fieles te bendigan;
que anuncien la gloria de tu reino
y proclamen tu poder. R.

Los ojos de todos esperan en ti,
y Tú les das la comida a su tiempo;
abres tu mano y colmas de favores
a todos los vivientes. R.

El Señor es justo en todos sus caminos
y bondadoso en todas sus acciones;
está cerca de aquéllos que lo invocan,
de aquéllos que lo invocan de verdad. R.

Un solo Cuerpo, un solo Señor,
una sola fe, un solo bautismo

Lectura de la carta del Apóstol san Pablo
a los cristianos de Éfeso

4, 1-6

Hermanos:

Yo, que estoy preso por el Señor, los exhorto a comportarse de una manera digna de la vocación que han recibido. Con mucha humildad, mansedumbre y paciencia, sopórtense mutuamente por amor. Traten de conservar la unidad del Espíritu, mediante el vínculo de la paz.

Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, así como hay una misma esperanza, a la que ustedes han sido llamados, de acuerdo con la vocación recibida. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Hay un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos.

Palabra de Dios.

ALELUIA

Lc 7, 16

Aleluia.
Un gran profeta ha aparecido en medio de nosotros
y Dios ha visitado a su Pueblo.
Aleluia.

EVANGELIO

Distribuyó a los que estaban sentados.
dándoles todo lo que quisieron

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo
según san Juan

6, 1-15

Jesús atravesó el mar de Galilea, llamado Tiberíades. Lo seguía una gran multitud, al ver los signos que hacía sanando a los enfermos. Jesús subió a la montaña y se sentó allí con sus discípulos. Se acercaba la Pascua, la fiesta de los judíos.

Al levantar los ojos, Jesús vio que una gran multitud acudía a Él y dijo a Felipe: «¿Dónde compraremos pan para darles de comer?»

Él decía esto para ponerlo a prueba, porque sabía bien lo que iba a hacer.

Felipe le respondió: «Doscientos denarios no bastarían para que cada uno pudiera comer un pedazo de pan».

Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo: «Aquí hay un niño que tiene cinco panes de cebada y dos pescados, pero ¿qué es esto para tanta gente?»

Jesús le respondió: «Háganlos sentar».

Había mucho pasto en ese lugar. Todos se sentaron y eran unos cinco mil hombres. Jesús tomó los panes, dio gracias y los distribuyó a los que estaban

sentados. Lo mismo hizo con los pescados, dándoles todo lo que quisieron.

Cuando todos quedaron satisfechos, Jesús dijo a sus discípulos: «Recojan los pedazos que sobran, para que no se pierda nada».

Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos que sobraron de los cinco panes de cebada.

Al ver el signo que Jesús acababa de hacer, la gente decía: «Éste es, verdaderamente, el Profeta que debe venir al mundo».

Jesús, sabiendo que querían apoderarse de Él para hacerlo rey, se retiró otra vez solo a la montaña.

Palabra del Señor.

[Volver](#)

Guión para la Santa Misa

XVII Domingo del Tiempo Ordinario- 26 de Julio 2015- Ciclo B

Entrada: Jesús se manifiesta en el Evangelio de este Domingo alimentando a la multitud. Su providencia amorosa quiere la santidad de los que el Padre le ha confiado, por eso nos alimenta con su Palabra creadora y con su Eucaristía.

Liturgia de la Palabra

Primera Lectura:

2 Re 4,42-44

Conforme a la Palabra del Señor, Eliseo obra el milagro de la multiplicación del pan.

Salmo Responsorial: 144

Segunda Lectura:

Ef 4,1-6

El Apóstol nos exhorta a comportarnos de una manera digna de la vocación recibida.

Evangelio:

Jn 6,1-15

Jesús realiza el prodigio de la multiplicación de los panes saciando a la multitud.

Preces: DXVII T. O.

Al Señor, que abre su mano y nos sacia de bienes dirijamos, hermanos, nuestra oración.

A cada intención respondemos cantando:

* Por el Santo Padre, los obispos y sacerdotes, para que a través del augusto Sacramento de la Eucaristía, conduzcan la grey a ellos encomendada al Reino del Padre Celestial. Oremos.

* Por la unidad de los cristianos, para que en un solo Cuerpo con un mismo Espíritu, Dios reúna a sus hijos dispersos bajo el callado de Pedro. Oremos.

* Por todos los jóvenes, especialmente por aquellos que se plantean la vocación al sacerdocio o a la vida consagrada, para que respondan al llamado de Dios con generosidad y prontitud. Oremos.

* Por nuestros benefactores espirituales y materiales, para que Dios atienda a sus intenciones y necesidades, y recompense con largueza su generosidad. Oremos.

Señor y Dios nuestro: los ojos de todos esperan en Ti y Tú les das la comida a su tiempo. Sácianos con el Pan de la Vida y concede tus dones a quienes hemos encomendado. Por Jesucristo nuestro Señor.

Liturgia Eucarística

Ofertorio:

Queremos ser una ofrenda agradable para ser presentados al Padre en unión con Cristo obediente hasta la muerte.

* Con estos **alimentos** queremos llegar hasta los más necesitados con un gesto fraterno y ser instrumentos de la providencia de Dios.

* En el **pan** y el **vino** que presentamos queremos ofrecer nuestra voluntad de ser hostias vivas en Cristo.

Comunión: La Eucaristía es una fuerza de unión; nos une al Cuerpo del Salvador y hace que seamos aquello que recibimos.

Salida: Virgen Santísima, que en todo acontecimiento sepamos reconocer cómo el Señor es bondadoso y adoremos su designio de salvarnos y conducirnos hacia la santidad.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Volver

Advertencia

Como bien sabemos, durante el Ciclo B, en el cual nos encontramos, leemos el Evangelio según San Marcos. El domingo pasado, Domingo XVI del Tiempo Ordinario, leímos Mc.6,30-34. A este texto de San Marcos sigue la primera multiplicación de los panes (Mc.6,35-44), que siguiendo la lógica coherente del Ciclo B deberíamos haber leído hoy, Domingo XVII del Tiempo Ordinario. Sin embargo, la Iglesia, madre sabia y amorosa, viendo el profundo sentido eucarístico que tiene este milagro, quiere que lo leamos del Evangelio según San Juan. ¿Por qué la Iglesia quiere esto? Porque en San Juan el milagro de la primera multiplicación de los panes es más evidentemente eucarístico que en San Marcos. Este milagro en San Juan es más evidentemente eucarístico en sí mismo, en su mismo relato, como se hace notar en el texto de Raymond Brown que incluimos en este número de Homilética. Pero además, San Juan relata también el largo discurso eucarístico de Jesucristo inmediatamente después del milagro, el discurso que conocemos como el "Discurso del Pan de Vida" o también como "Promesa de la Eucaristía". Este discurso de Jesús, que llena todo el resto del capítulo 6 de San Juan (Jn.6,24-69), está dedicado enteramente a la Eucaristía.

Por estos motivos, aún en medio del Ciclo B, la Iglesia se aparta de la lectura del Evangelio de San Marcos y consagra cinco domingos a leer todo el capítulo 6 de San Juan, según la siguiente secuencia:

Nº de Domingo Ciclo B	Fecha	Evangelio
Domingo XVII	26 de julio de 2015	Jn.6,1-15
Domingo XVIII	2 de agosto de 2015	Jn.6,24-35
Domingo XIX	9 de agosto de 2015	Jn.6,41-51
Domingo XX	16 de agosto de 2015	Jn.6,51-58
Domingo XXI	23 de agosto de 2015	Jn.6,60-69

Creemos que es una hermosa oportunidad de hacer una profunda catequesis sobre el Sacramento de la Eucaristía comentando en cinco domingos el milagro de la multiplicación de los panes y la interpretación que de él hace el mismo Jesucristo. Creemos que se puede hacer ahora el plan de predicación para estos cinco domingos que siguen, y esta es la razón de esta advertencia del equipo de Homilética.

[Volver](#)

Directorio Homilético

Del Apéndice I: La homilía y el Catecismo de la Iglesia Católica

Decimoséptimo domingo del Tiempo Ordinario:

CEC 1335: el milagro de los panes y los peces prefigura la Eucaristía

CEC 814-815, 949-959: compartir los dones en la comunidad de la Iglesia

1335 Los milagros de la multiplicación de los panes, cuando el Señor dijo la bendición, partió y distribuyó los panes por medio de sus discípulos para alimentar la multitud, prefiguran la sobreabundancia de este único pan de su

Eucaristía (cf. Mt 14,13-21; 15, 32-29). El signo del agua convertida en vino en Caná (cf Jn 2,11) anuncia ya la Hora de la glorificación de Jesús. Manifiesta el cumplimiento del banquete de las bodas en el Reino del Padre, donde los fieles beberán el vino nuevo (cf Mc 14,25) convertido en Sangre de Cristo.

814 Desde el principio, esta Iglesia una se presenta, no obstante, con una gran diversidad que procede a la vez de la variedad de los dones de Dios y de la multiplicidad de las personas que los reciben. En la unidad del Pueblo de Dios se reúnen los diferentes pueblos y culturas. Entre los miembros de la Iglesia existe una diversidad de dones, cargos, condiciones y modos de vida; "dentro de la comunión eclesial, existen legítimamente las Iglesias particulares con sus propias tradiciones" (LG 13). La gran riqueza de esta diversidad no se opone a la unidad de la Iglesia. No obstante, el pecado y el peso de sus consecuencias amenazan sin cesar el don de la unidad. También el apóstol debe exhortar a "guardar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz" (Ef 4, 3).

815 ¿Cuáles son estos vínculos de la unidad? "Por encima de todo esto revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección" (Col 3, 14). Pero la unidad de la Iglesia peregrina está asegurada por vínculos visibles de comunión:

- la profesión de una misma fe recibida de los apóstoles;
- la celebración común del culto divino, sobre todo de los sacramentos;
- la sucesión apostólica por el sacramento del orden, que conserva la concordia fraterna de la familia de Dios (cf UR 2; LG 14; CIC, can. 205).

[Volver](#)

Exégesis

Raymond Brown

La multiplicación de los panes

(Jn.6,1-15)

Después de un intervalo de tiempo indefinido, Juan retoma el relato en Galilea, la primavera sucesiva (cf. Jn.2,3). Estamos cerca de la segunda Pascua. La multiplicación de los panes y de los peces es narrada, en los cuatro evangelios, sustancialmente de la misma forma, con variantes menores sobre la localidad y la circunstancia. (El lector debería prestar particular atención a confrontar entre sí las versiones de San Juan y de San Marcos). Lucas y Juan tienen una sola multiplicación de los panes. Mateo y Marcos relatan dos. (...)

En Juan no se encuentra ninguna enseñanza antes de la multiplicación de los panes (cf. Mc.6,34). Jesús está sentado sobre la cima de un monte (¿recuerdo del Sinaí?) en espera de la muchedumbre y pone la cuestión de cómo procurar alimento para tanta gente. El ingreso en escena de los nuevos personajes Felipe y Andrés es típico de Juan (cf. Jn.1,40.43-44; 12,22). Solamente Juan menciona un joven (o ‘siervo’) y algunos panes de cebada, detalles que hacen pensar al milagro de Eliseo (2Re.4,42-44).

El relato de la multiplicación de los panes en el cuarto evangelio presenta algunos detalles determinados tendientes a recordar al lector cristiano la eucaristía (sobre la cual vuelve el relato en los vv. 51-58). En efecto, sólo Juan: a) utiliza el verbo *eucharisteo*, “dar gracias”, del cual deriva “eucaristía”; b) sólo Juan dice que fue Jesús mismo el que distribuyó los panes, como hará en la última cena; c) solamente Juan cuenta que Jesús *ordenó* a sus discípulos recoger los fragmentos para que no se pierdan (el término griego “recoger” es *synágo*, de donde proviene “sinaxis”, la primera parte de la misa. El término griego que se usa para decir “fragmentos”, *klasma*, aparece en la literatura cristiana primitiva como nombre técnico para indicar la hostia eucarística).

En Marcos, Jesús obliga a los discípulos a partir inmediatamente (cf. Mc.6,45); solamente Juan da la razón de esto, es decir, que la muchedumbre quería tomar a Jesús y hacerlo rey (nótese el modo en que Jesús es tentado en los capítulos 6-7 y compáreselo con la tercera tentación, Mt.4,8-9).

(**BROWN, R.**, *Il Vangelo e le Lettere di Giovanni. Breve comentario*, Ed. Queriniana, Brescia, 1994, p. 58-60; traducción del equipo de Homilética)

Volver

Fr. Joseph M. Lagrange, O.P.

Primera multiplicación de los panes

(Lc.11,10-17; Mc.6,30-44; Mt.14,13-21; Jn.6,1-15)

(...)

Jesús tenía una buena razón para retirarse, y era la necesidad de reposo que tenían sus apóstoles después de volver de la misión (Mc 6, 31). En la soledad y a su lado recobrarían sus fuerzas: tenían muchas cosas que contarle y muchas más que aprender de Él, y en Galilea la concurrencia extraordinaria del pueblo no les permitía platicar en paz.

Se alejó, pues, Jesús con sus discípulos en una barca, tomando el rumbo de Betsaida para pasar aun más allá, a un lugar desierto. Betsaida estaba enclavada en el territorio del tetrarca Filipo, que la había embellecido, acaso transportándola más al norte (et-Tell), y le había dado el nombre de Julias en honor de Julia, hija de Augusto, tan tristemente célebre.

Las ruinas del pueblecillo de pescadores están probablemente representadas por el Aradj, cerca de la desembocadura del Jordán. Al sudeste se extendía una gran llanura limitada por las colinas, y podía calificarse de desierto, sobre todo si se le comparaba con la llanura de Genesaret, de prodigiosa fertilidad. En primavera, sin embargo, lo mismo el desierto de Judá que la llanura y las colinas se cubrían de verdor. Los tres primeros evangelistas, hablando de la verde hierba, están en perfecto acuerdo con san Juan, que también habla de la hierba y de la proximidad de la fiesta de Pascua (Jn 6, 10 y 4), la fiesta de la primavera.

Atravesando el Lago en barca, la pequeña compañía debió llegar primero; pero, comprendidos los designios de Jesús, los ribereños del éste se apresuraron, y muy pronto se juntaron con los de Cafarnaún. Jesús, bien fuera por la calma o por la pesada temperatura de principios de abril, que imposibilita los brazos de los remeros, se retrasó en la travesía, y a la hora de desembarcar se vio rodeado de una turba numerosa.

¡Admirable sencillez la de los evangelistas, que no reparan en esta aparente contrariedad! ¡Más bien la han subrayado: Jesús quería un lugar retirado y se ve asaltado por todo un pueblo. Más admirable aún la bondad de Jesús, que no da la vuelta, buscando la soledad, sino que, compadecido de aquellas ovejas sin pastor, empieza en seguida y muy largamente a instruirlos!

Parece olvidarse de la hora que es. Los discípulos veían inquietos que el sol declinaba. Era muy hermoso oír hablar del reino de Dios, pero había que pensar en las necesidades de la vida. Ya era tiempo de que Jesús terminase su discurso. A Él no se lo decían claramente, pero invitaban a todo el mundo a marchar para que buscasen su pan en los pueblos y aldeas vecinas.

Interviene entonces Jesús y, para tentar a sus discípulos encargados ordinariamente de aquellos menesteres, les dice: «¡Dadles de comer!»

Se decía fácilmente; pero, como notó Felipe, no bastarían 200 denarios. ¿Y dónde los tenían?

¡Qué animosos estos amigos del Señor! Cada uno propone una cosa y quiere ser útil. Andrés, hermano de Simón, vio a un joven que tenía cinco panes de cebada y dos peces. Debía ser un muchacho muy avisado; estaba seguro de despachar pronto y con mucha utilidad su mercancía. Lo dicho por san Andrés era

una confesión de que carecían de recursos. Jesús dice: «Haced que se sienten sobre la hierba verde para comer». Acostumbrados ya a ordenar multitudes, los discípulos los colocaron por grupos de cien y de cincuenta sobre el heno florido. Eran como cinco mil.

Todos los evangelistas notan que entonces Jesús oró solemnemente, levantó sus ojos al cielo, pronunció la bendición y partió los panes, ordenando a los apóstoles que los repartiesen. Hizo lo mismo con los peces. Todos comieron hasta saciar su hambre. Después Jesús mandó que recogiesen las sobras, para que no se perdiesen. La costumbre judía, más que en aprovechar las sobras, consistía en recoger las migajas de pan caídas de la mesa.

La intención de Jesús claramente se vio que era dar a aquel refrigerio improvisado, que hubiera podido tomarse en pie, el carácter de verdadera comida. Los convidados se sentaron sobre la hierba, pero con cierto orden. El mismo amo de la casa parte el pan echándole la bendición como lo exige una buena costumbre; se recogen las sobras como si se estuviese en un comedor. Se acercaba la Pascua, y en la Pascua siguiente Jesús distribuiría entre sus apóstoles su cuerpo bajo la forma de pan. Sería un error decir que el Sacramento de la Eucaristía fue instituido entonces para la muchedumbre; pero era un preludeo que el Maestro proponía a la reflexión. Así, san Juan llama acción de gracias, eucaristía, a la oración que los textos rabínicos llaman sencillamente bendición. Toda la importancia de esta escena se halla en su simbolismo. Por maravillosa que sea en sí misma, lo es mucho más como presentimiento del porvenir y, sin embargo, se hace así más accesible al espíritu y al corazón, como signo sensible ordenado en una realidad espiritual, no sólo más alta, sino de otro orden.

Es un hecho que en el mundo entero, los fieles católicos reciben, bajo la forma del mismo pan, lo que la fe les dice que es el verdadero cuerpo de Jesús. Algunos lo profanan, otros lo reciben por vanidad, un número mayor por rutina: una multitud innumerable encuentra en él verdaderamente el alimento del alma, una invitación más viva para servir a Dios y un impulso nuevo para mejor amarle. Que esta prodigiosa institución estaba figurada en la multiplicación milagrosa del pan, parecerá plausible, y que el milagro haya dado tales frutos de bendición, lo hace verosímil. La armonía entre la figura y la realidad convence.

En sí mismo aquel milagro fue a la vez tan incomprensible y tan público, que un entusiasmo inmenso brotó de todos los pechos. Sólo san Juan nos da cuenta del entusiasmo y nos da también la clave de la situación. Aún no se pronunciaba el nombre de Mesías, porque Jesús no se había manifestado como rey; pero, sin duda, era el gran profeta esperado, porque ningún profeta había hecho cosas tan divinas en favor de Israel. Este profeta llegaría a ser el Mesías, si era coronado rey. Lo era ya en persona; sólo faltaba que lo reconociesen como tal y que Él quisiera empezar a ejercer funciones reales. Pretendieron, pues, obligarle a ejercerlas; pero no era ése el designio de Jesús.

(LAGRANGE, J. M., Vida de Jesucristo según el evangelio, Edibesa, Madrid, 1999, pág. 189-92)

[Volver](#)

Comentario Teológico

S.S. Benedicto XVI

La multiplicación de los panes como signo

El tema del pan ya lo hemos abordado detalladamente al tratar las tentaciones de Jesús; hemos visto que la tentación de convertir las piedras del desierto en pan plantea toda la problemática de la misión del Mesías; además, en la deformación de esta misión por el demonio, aparece ya de forma velada la respuesta positiva de Jesús, que luego se esclarecerá definitivamente con la entrega de su cuerpo como pan para la vida del mundo en la noche anterior a la pasión. También hemos encontrado la temática del pan en la explicación de la cuarta petición del Padrenuestro, donde hemos intentado considerar las distintas dimensiones de esta petición y, con ello, llegar a una visión de conjunto del tema del pan en todo su alcance. Al final de la vida pública de Jesús en Galilea, la multiplicación de los panes se convierte, por un lado, en el signo eminente de la misión mesiánica de Jesús, pero al mismo tiempo en una encrucijada de su actuación, que a partir de entonces se convierte claramente en un camino hacia la cruz. Los tres Evangelios sinópticos relatan que dio de comer milagrosamente a cinco mil hombres (cf. Mt 14, 33-21; Mc 6, 32-44; Lc 9, 10b-17); Mateo y Marcos narran, además, que también dio de comer a cuatro mil personas (cf. Mt 15, 32-38; Mc 8, 1-9).

No podemos adentrarnos aquí en el rico contenido teológico de ambos relatos. Me limitaré a la multiplicación de los panes narrada por Juan (cf. Jn 6, 1-15); tampoco se la puede analizar aquí en detalle; así que nuestra atención se centrará directamente en la interpretación del acontecimiento que Jesús propone en su gran sermón sobre el pan al día siguiente en la sinagoga, al otro lado del lago. Hay que añadir una limitación más: no podemos considerar en todos sus pormenores este gran sermón que ha sido muy estudiado, y frecuentemente desmenuzado con meticulosidad por los exegetas. Sólo quisiera intentar poner de relieve sus grandes líneas y, sobre todo, ponerlo en su lugar dentro de todo el contexto de la tradición a la que pertenece y a partir del cual hay que entenderlo.

El contexto fundamental en que se sitúa todo el capítulo es la comparación entre Moisés y Jesús: Jesús es el Moisés definitivo y más grande, el «profeta» que Moisés anunció a las puertas de la tierra santa y del que dijo Dios: «Pondré mis palabras en su boca y les dirá lo que yo le mande» (Dt 18, 18). Por eso no es casual que al final de la multiplicación de los panes, y antes de que intentaran proclamar rey a Jesús, aparezca la siguiente frase: «Éste sí que es el profeta que tenía que venir al mundo» (Jn 6, 14); del mismo modo que tras el anuncio del agua de la vida, en la fiesta de las Tiendas, las gentes decían: «Éste es de verdad el profeta» (7, 40). Teniendo, pues, a Moisés como trasfondo, aparecen los requisitos que debía tener Jesús. En el desierto, Moisés había hecho brotar agua de la roca, Jesús promete el agua de la vida, como hemos visto. Pero el gran don que se perfilaba en el recuerdo era sobre todo el maná: Moisés había regalado el pan del cielo, Dios mismo había alimentado con pan del cielo al pueblo errante de

Israel. Para un pueblo en el que muchos sufrían el hambre y la fatiga de buscar el pan cada día, ésta era la promesa de las promesas, que en cierto modo lo resumía todo: la eliminación de toda necesidad, el don que habría saciado el hambre de todos y para siempre.

Antes de retomar esta idea, a partir de la cual se ha de entender el capítulo 6 del Evangelio de Juan, debemos completar la imagen de Moisés, pues sólo así se precisa también la imagen que Juan tiene de Jesús. El punto central del que hemos partido en este libro, y al que siempre volvemos, es que Moisés hablaba cara a cara con Dios, «como un hombre habla con su amigo» (Ex 33, 11; cf. Dt 34, 10). Sólo porque hablaba con Dios mismo podía llevar la Palabra de Dios a los hombres. Pero sobre esta cercanía con Dios, que se encuentra en el núcleo de la misión de Moisés y es su fundamento interno, se cierne una sombra. Pues a la petición de Moisés: «¡Déjame ver tu gloria!» —en el mismo instante en que se habla de su amistad con Dios, de su acceso directo a Dios—, sigue la respuesta: «Cuando pase mi gloria te pondré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi palma hasta que yo haya pasado, y cuando retire la mano, verás mis espaldas, porque mi rostro no se puede ver» (Ex 33, 18.22s). Así pues, Moisés ve sólo la espalda de Dios, porque su rostro «no se puede ver». Se percibe claramente la limitación impuesta también a Moisés.

La clave decisiva para la imagen de Jesús en el Evangelio de Juan se encuentra en la afirmación conclusiva del Prólogo: «A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer» (Jn 1, 18). Sólo quien es Dios, ve a Dios: Jesús. Él habla realmente a partir de la visión del Padre, a partir del diálogo permanente con el Padre, un diálogo que es su vida. Si Moisés nos ha mostrado y nos ha podido mostrar sólo la espalda de Dios, Jesús en cambio es la Palabra que procede de Dios, de la contemplación viva, de la unidad con Él. Relacionados con esto hay otros dos dones de Moisés que en Cristo adquieren su forma definitiva: Dios ha comunicado su nombre a Moisés, haciendo posible así la relación entre Él y los hombres; a través de la transmisión del nombre que le ha sido manifestado, Moisés se convierte en mediador de una verdadera relación de los hombres con el Dios vivo; sobre esto ya hemos reflexionado al tratar la primera petición del Padrenuestro. En su oración sacerdotal Jesús acentúa que Él manifiesta el nombre de Dios, llevando a su fin también en este punto la obra iniciada por Moisés. Cuando tratemos la oración sacerdotal de Jesús tendremos que analizar con más detalle esta afirmación: ¿en qué sentido revela Jesús el «nombre» de Dios más allá de lo que lo hizo Moisés?

El otro don de Moisés, estrechamente relacionado tanto con la contemplación de Dios y la manifestación de su nombre como con el maná, y a través del cual el pueblo de Israel se convierte en pueblo de Dios, es la Torá; la palabra de Dios, que muestra el camino y lleva a la vida. Israel ha reconocido cada vez con mayor claridad que éste es el don fundamental y duradero de Moisés; que lo que realmente distingue a Israel es que conoce la voluntad de Dios y, así, el recto camino de la vida. El gran Salmo 119 es toda una explosión de alegría y agradecimiento por este don. Una visión unilateral de la Ley, que resulta de una

interpretación unilateral de la teología paulina, nos impide ver esta alegría de Israel: la alegría de conocer la voluntad de Dios y, así, poder y tener el privilegio de vivir esa voluntad.

Con esta idea hemos vuelto —aunque parezca de modo inesperado— al sermón sobre el pan. En el desarrollo interno del pensamiento judío ha ido aclarándose cada vez más que el verdadero pan del cielo, que alimentó y alimenta a Israel, es precisamente la Ley, la palabra de Dios. En la literatura sapiencial, la sabiduría, que se hace presente y accesible en la Ley, aparece como «pan» (Pr 9, 5); la literatura rabínica ha desarrollado más esta idea (Barrett, p. 301). Desde esta perspectiva hemos de entender el debate de Jesús con los judíos reunidos en la sinagoga de Cafarnaún. Jesús llama la atención sobre el hecho de que no han entendido la multiplicación de los panes como un «signo» —como era en realidad—, sino que todo su interés se centraba en lo referente al comer y saciarse (cf. Jn 6, 26). Entendían la salvación desde un punto de vista puramente material, el del bienestar general, y con ello rebajaban al hombre y, en realidad, excluían a Dios. Pero si veían el maná sólo desde el punto de vista del saciarse, hay que considerar que éste no era pan del cielo, sino sólo pan de la tierra. Aunque viniera del «cielo» era alimento terrenal; más aún, un sucedáneo que se acabaría en cuanto salieran del desierto y llegaran a tierra habitada.

Pero el hombre tiene hambre de algo más, necesita algo más. El don que alimente al hombre en cuanto hombre debe ser superior, estar a otro nivel. ¿Es la Torá ese otro alimento? En ella, a través de ella, el hombre puede de algún modo hacer de la voluntad de Dios su alimento (cf. Jn 4, 34)- Sí, la Torá es «pan» que viene de Dios; pero sólo nos muestra, por así decirlo, la espalda de Dios, es una «sombra». «El pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo» (Jn 6,33). Como los que le escuchaban seguían sin entenderlo, Jesús lo repite de un modo inequívoco: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará nunca sed» (Jn 6, 35).

La Ley se ha hecho Persona. En el encuentro con Jesús nos alimentamos, por así decirlo, del Dios vivo, comemos realmente el «pan del cielo». De acuerdo con esto, Jesús ya había dejado claro antes que lo único que Dios exige es creer en Él. Los oyentes le habían preguntado: «¿Cómo podremos ocuparnos del trabajo que Dios quiere?» (Jn 6, 28). La palabra griega aquí utilizada, *ergázesthai*, significa «obtener a través del trabajo» (Barrett, p. 298). Los que escuchan están dispuestos a trabajar, a actuar, a hacer «obras» para recibir ese pan; pero no se puede «ganar» sólo mediante el trabajo humano, mediante el propio esfuerzo. Únicamente puede llegar a nosotros como don de Dios, como obra de Dios: toda la teología paulina está presente en este diálogo. La realidad más alta y esencial no la podemos conseguir por nosotros mismos; tenemos que dejar que se nos conceda y, por así decirlo, entrar en la dinámica de los dones que se nos conceden. Esto ocurre en la fe en Jesús, que es diálogo y relación viva con el Padre, y que en nosotros quiere convertirse de nuevo en palabra y amor.

Pero con ello no se responde todavía del todo a la pregunta de cómo podemos

nosotros «alimentarnos» de Dios, vivir de Él de tal forma que Él mismo se convierta en nuestro pan. Dios se hace «pan» para nosotros ante todo en la encarnación del Logos: la Palabra se hace carne. El Logos se hace uno de nosotros y entra así en nuestro ámbito, en aquello que nos resulta accesible. Pero por encima de la encarnación de la Palabra, es necesario todavía un paso más, que Jesús menciona en las palabras finales de su sermón: su carne es vida «para» el mundo (6, 51). Con esto se alude, más allá del acto de la encarnación, al objetivo interior y a su última realización: la entrega que Jesús hace de sí mismo hasta la muerte y el misterio de la cruz.

Esto se ve más claramente en el versículo 53, donde el Señor menciona además su sangre, que Él nos da a «beber». Aquí no sólo resulta evidente la referencia a la Eucaristía, sino que además se perfila aquello en que se basa: el sacrificio de Jesús que derrama su sangre por nosotros y, de este modo, sale de sí mismo, por así decirlo, se derrama, se entrega a nosotros.

Así pues, en este capítulo, la teología de la encarnación y la teología de la cruz se entrecruzan; ambas son inseparables. No se puede oponer la teología pascual de los sinópticos y de san Pablo a una teología supuestamente pura de la encarnación en san Juan. La encarnación de la Palabra de la que habla el Prólogo apunta precisamente a la entrega del cuerpo en la cruz que se nos hace accesible en el sacramento. Juan sigue aquí la misma línea que desarrolla la Carta a los Hebreos partiendo del Salmo 40, 6-8: «Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo» (Hb 10, 5). Jesús se hace hombre para entregarse y ocupar el lugar del sacrificio de los animales, que sólo podían ser el gesto de un anhelo, pero no una respuesta.

Las palabras de Jesús sobre el pan, por un lado, orientan el gran movimiento de la encarnación y del camino pascual hacia el sacramento en el que encarnación y Pascua siempre coexisten, pero por otra parte, introduce también el sacramento, la sagrada Eucaristía, en el gran contexto del descenso de Dios hacia nosotros y por nosotros. Así, por un lado se acentúa expresamente el puesto de la Eucaristía en el centro de la vida cristiana: aquí Dios nos regala realmente el maná que la humanidad espera, el verdadero «pan del cielo», aquello con lo que podemos vivir en lo más hondo como hombres. Pero al mismo tiempo se ve la Eucaristía como el gran encuentro permanente de Dios con los hombres, en el que el Señor se entrega como «carne» para que en Él, y en la participación en su camino, nos convirtamos en «espíritu». Del mismo modo que Él, a través de la cruz, se transformó en una nueva forma de corporeidad y humanidad que se compenetra con la naturaleza de Dios, esa comida debe ser para nosotros una apertura de la existencia, un paso a través de la cruz y una anticipación de la nueva existencia, de la vida en Dios y con Dios.

Por ello, al final del discurso, donde se hace hincapié en la encarnación de Jesús y el comer y beber «la carne y la sangre del Señor», aparece la frase: «El Espíritu es quien da la vida; la carne no sirve de nada» (Jn 6, 63). Esto nos recuerda las

palabras de san Pablo: «El primer hombre, Adán, se convirtió en ser vivo. El último Adán, en espíritu que da vida» (1 Co 15, 45). No se anula nada del realismo de la encarnación, pero se subraya la perspectiva pascual del sacramento: sólo a través de la cruz y de la transformación que ésta produce se nos hace accesible esa carne, arrastrándonos también a nosotros en el proceso de dicha transformación. La devoción eucarística tiene que aprender siempre de esta gran dinámica cristológica, más aún, cósmica.

Para entender en toda su profundidad el sermón de Jesús sobre el pan debemos considerar, finalmente, una de las palabras clave del Evangelio de Juan, que Jesús pronuncia el Domingo de Ramos en previsión de la futura Iglesia universal, que incluirá a judíos y griegos -a todos los pueblos del mundo—: «Os aseguro que, si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero, si muere, da mucho fruto» (12, 24). En lo que denominamos «pan» se contiene el misterio de la pasión. El pan presupone que la semilla —el grano de trigo— ha caído en la tierra, «ha muerto», y que de su muerte ha crecido después la nueva espiga. El pan terrenal puede llegar a ser portador de la presencia de Cristo porque lleva en sí mismo el misterio de la pasión, reúne en sí muerte y resurrección. (Así, en las religiones del mundo el pan se había convertido en el punto de partida de los mitos de muerte y resurrección de la divinidad, en los que el hombre expresaba su esperanza en una vida después de la muerte.

A este respecto, el cardenal Schönborn recuerda el proceso de conversión del gran escritor británico Clive Staples Lewis, que leyendo una obra en doce volúmenes sobre esos mitos llegó a la conclusión de que también ese Jesús que tomó el pan en sus manos y dijo «Éste es mi cuerpo», era sólo «otra divinidad del grano, un rey del grano que ofrece su vida por la vida del mundo». Pero un día oyó decir en una conversación «a un ateo convencido... que las pruebas de la historicidad de los Evangelios eran sorprendentemente persuasivas» (Schönborn, pp. 23s). Y a él se le ocurrió: «Qué extraño. Toda esta historia del Dios que muere, parece como si realmente hubiera sucedido una vez» Kranz, cit. en Schönborn, pp. 23s).

Sí, ha ocurrido realmente. Jesús no es un mito, un hombre de carne y hueso, una presencia del todo real en la historia. Podemos visitar los lugares donde estuvo y andar por los caminos que El recorrió, podemos oír sus palabras a través de testigos. Ha muerto y ha resucitado. El misterio de la pasión que encierra el pan, por así decirlo, le ha esperado, se ha dirigido hacia Él; y los mitos lo han esperado a Él, en quien el deseo se ha hecho realidad.) Lo mismo puede decirse del vino. También él comporta una pasión: ha sido prensado, y así la uva se ha convertido en vino. Los Padres han ido más lejos en su interpretación de este lenguaje oculto de los dones eucarísticos. Me gustaría mencionar aquí sólo un ejemplo. En la denominada Didaché (tal vez en torno al año 100) se implora sobre el pan destinado a la Eucaristía: «Como este pan partido estaba esparcido por las montañas y al ser reunido se hizo uno, que también tu Iglesia sea reunida de los extremos de la tierra en tu reino» (IX, 4).

[Volver](#)

Santos Padres

San Agustín

La multiplicación de los panes

1. Los milagros que realizó nuestro Señor Jesucristo son, en verdad, obras divinas, que convidan a la mente humana a elevarse a la inteligencia de Dios por el espectáculo de las cosas visibles. Dios no es una sustancia tal, que con los ojos se pueda ver; y los milagros con los que rige el mundo y gobierna toda criatura han perdido su valor por su asiduidad, hasta el punto que casi nadie mira con atención las maravillosas y estupendas obras de Dios en un grano de una semilla cualquiera; y por eso se reservó en su misericordia algunas para realizarlas en tiempo oportuno, fuera del curso habitual y leyes de la naturaleza, con el fin de que viendo, no obras mayores, sino nuevas, asombrasen a quienes no impresionan ya las obras de todos los días. Porque mayor milagro es el gobierno del mundo que la acción de saciar a cinco mil hombres con cinco panes. Sin embargo, en aquél nadie se fija ni nadie lo admira; en ésta, en cambio, se fijan todos con admiración, no porque sea mayor, sino porque es rara, porque es nueva. ¿Quién es el que alimenta ahora también al mundo entero sino el mismo que hace que de pocos granos broten mieses abundantes? Obró, pues, como Dios. Porque lo que hace que de pocos granos se produzcan abundantes mieses, es lo que multiplica en manos de Cristo los cinco panes. El poder en las manos de Cristo existía; aquellos cinco panes eran como semillas, no sembradas en la tierra, sino multiplicadas por el mismo que hizo la tierra. Esto es lo que se hace presente a los sentidos para levantar nuestro espíritu y se muestra a los ojos para ejercicio de nuestra inteligencia, con el fin de admirar así al invisible Dios por el espectáculo de las obras visibles; y así elevados hasta la fe y purificados por la misma fe, lleguemos a desear ver invisiblemente al mismo Invisible, que ya conocíamos por las cosas visibles.

2. No basta, sin embargo, contemplar sólo esto en los milagros de Cristo. Preguntemos a los milagros mismos qué es lo que nos dicen de Cristo, ya que también tienen su lenguaje, pero es con tal de que se entienda; pues como el mismo Cristo es la palabra de Dios, así también los hechos del Verbo son palabras para nosotros. Luego, así como hemos oído la grandeza de este milagro, investiguemos también su gran profundidad. No nos contentemos con la delectación meramente superficial; profundicemos su perfecta sublimidad. Eso

mismo que de fuera causa nuestra admiración, encierra allá adentro algo. Hemos visto, hemos contemplado algo grande, algo excelso, algo que es enteramente divino y que sólo Dios lo puede realizar; y por la obra hemos prorrumpido en alabanzas de su Hacedor. Pero así como, si viéramos en un códice letras hermosamente hechas, no nos satisfaría la sola alabanza de la perfección de la mano del escritor que tan parecidas e iguales y hermosas las hizo si no llegamos por la lectura a entender lo que en ellas nos quiso decir, lo mismo sucede aquí: quienes sólo miran este hecho por defuera, les deleita su belleza hasta llegar a la admiración del artífice; más el que lo entiende es como el que lee. Una pintura se ve de manera distinta que una escritura. Así, cuando ves una pintura, ya lo has visto todo, ya lo has alabado todo; en cambio, cuando ves una escritura, no es el todo verla; la misma escritura te está urgiendo a que la leas. También tú mismo, cuando ves una escritura y tal vez no sabes leerla, te expresas así: ¿Qué habrá escrito aquí? Preguntas por lo que está escrito, siendo así que la escritura ya la ves. Otra cosa muy distinta te va a mostrar aquel a quien tú pides la explicación de lo que has visto. Aquél tiene unos ojos y tú tienes otros. ¿No veis, acaso, los dos igualmente la escritura? Sí, pero no conocéis igualmente los signos. Tú, pues, ves y alabas; el otro ve y alaba, lee y entiende. Puesto que lo hemos visto y lo hemos alabado, leámoslo y entendámoslo.

3. El Señor sobre la montaña. Vemos mucho más, ya que el Señor sobre la montaña es el Verbo en las alturas. Por eso, lo que en la montaña se realizó no es un hecho oscuro y despreciable ni se debe pasar sobre él de ligero, sino que se debe mirar con toda atención. Vio las turbas y se dio cuenta de que tenían hambre, y misericordiosamente les dio de comer hasta hartarlas, no sólo con su bondad, sino también con su poder. ¿De qué sirve la bondad sólo, cuando falta el pan con que alimentar a la hambrienta turba? La bondad sin el poder hubiera dejado en ayunas y hambrienta a aquella gran multitud. Finalmente, los discípulos que estaban con el Señor se dieron cuenta también del hambre de las turbas y querían alimentarlas para que no desfalleciesen; pero no tenían con qué. El Señor pregunta dónde se podría comprar pan para dar de comer a las turbas. Y la Escritura dice: Hablaba así para probarle. Se refiere al discípulo Felipe, a quien había hecho la pregunta. Porque Él sabía bien lo que iba a hacer. ¿Qué bien intentaba con la prueba sino mostrar la ignorancia del discípulo? Y tal vez también quiso significar algo con la revelación de la ignorancia del discípulo. Entonces aparecerá, cuando comience a revelarnos el misterio mismo de los cinco panes e indicarnos su significación. Allí se verá por qué el Señor quiso mostrar en este hecho la ignorancia del discípulo preguntando lo que El tan bien sabía. A veces se pregunta lo que no se sabe con la intención de oírlo, para saberlo, y otras veces se pregunta lo que se sabe con la intención de saber si lo sabe aquel a quien se hace la pregunta. El Señor sabía estas dos cosas: sabía lo que preguntaba, porque sabía bien lo que iba a hacer, y sabía igualmente que Felipe no lo sabía. ¿Por qué le pregunta sino para poner al descubierto su ignorancia? Ya se sabrá después, como he dicho, por qué obró así.

4. Díjole Andrés: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes y dos peces; pero ¿qué es esto para tantos? Cuando a la pregunta del Señor contesta Felipe que doscientos denarios no son suficientes para la refección de tanta gente, había allí un muchacho que llevaba cinco panes de cebada y dos peces. Y díceles Jesús: Ordenad que la gente se sienta. Había allí mucha hierba, y se sentaron como cinco mil hombres. Toma el Señor Jesús los panes y da gracias, y ordena que se dividan los panes, puestos en presencia de los allí sentados. No eran ya cinco panes, sino lo que había añadido el que hizo la multiplicación. Y de los peces les dio cuanto querían. Es poco decir que sació a aquella turba; quedaron, además, muchos fragmentos, que mandó recoger para que no se perdieran. Con los fragmentos llenaron doce canastos.

5. Voy a abreviar para ir de prisa. Los cinco panes significan los cinco libros de Moisés. Con razón no son panes de trigo, sino de cebada, ya que son libros del Antiguo Testamento. Sabéis que la cebada es de tal naturaleza, que difícilmente se llega a su medula. Está recubierta la medula misma de una envoltura de paja tan tenaz y tan adherida, que con dificultad se separa. Así está la letra del Antiguo Testamento; está cubierta con la envoltura de misterios carnales; pero, si se logra llegar hasta su medula, alimenta y sacia. Llevaba, pues, un muchacho cinco panes y dos peces. Si queremos saber cuál es este muchacho, tal vez es el pueblo de Israel. Los llevaba como un niño y sin comer de ellos. Esas cosas que llevaba encerradas pesaban, y abiertas nutrían. Los dos peces me parece que significan aquellos dos sublimes personajes del Antiguo Testamento que eran ungidos para santificar y regir al pueblo: el sacerdote y el rey. Y, por fin, llega en el misterio el mismo que estos personajes significaban; llega, por fin, el que se mostraba por la medula de la cebada y que se ocultaba por las pajas de la misma. Llega El solo, reuniendo en sí mismo a ambos personajes, sacerdote y rey: sacerdote, porque se ofreció a sí mismo a Dios por nosotros; y rey, porque Él es quien nos rige. Y así queda abierto lo que llevaba cerrado. Gracias a Él, que cumple por sí mismo lo que prometió por el Antiguo Testamento. Y mandó que se dividiesen los panes, y al hacer la división se multiplican. Nada más verdadero. Pues estos cinco libros de Moisés, ¿cuántos libros no han producido al exponerlos, que es como partirlos, es decir, comentarlos? Más en aquella cebada estaba encubierta la ignorancia del pueblo, del que se dijo: Cuando se lee a Moisés, cubre un velo su corazón. En efecto, no se había quitado el velo todavía, porque no había venido Cristo; no se había todavía rasgado, pendiente Él en la cruz, el velo del templo. El pueblo, pues, ignoraba la ley, y por eso aquella prueba del Señor se ordenaba a hacer patente la ignorancia del discípulo.

6. No hay circunstancia alguna inútil, todo tiene sentido; pero hace falta que haya quien lo entienda. Así, el número de las personas que fueron alimentadas significaba el pueblo bajo el dominio de la ley. ¿Por qué eran cinco mil sino

porque estaban bajo el dominio de la ley, que está explícita en los cinco libros de Moisés? Por la misma razón se colocaban los enfermos bajo aquellos cinco pórticos y no se curaban. Más el que allí curó al enfermo es el mismo que alimentó aquí a las turbas con cinco panes. Ellas estaban sentadas sobre el heno. Es que entendían carnalmente y reposaban sobre carne: Toda carne es heno ¿Qué significan los fragmentos sino aquello que el pueblo no pudo co-mer? Hay que ver allí misterios de la inteligencia que la multitud no puede comprender. ¿Qué hay que hacer, pues, sino que esos misterios que la multitud no puede entender se confíen a aquellos que son capaces de enseñar a otros también, como eran los apóstoles? Por eso se llenaron doce canastos. Esto es un hecho maravilloso, por lo grande que es y además útil, porque es un hecho espiritual. Quienes lo presenciaron quedaron pasmados, y nosotros quedamos insensibles cuando los oímos. Se hizo para que ellos lo vieran y se escribió para que nosotros lo oigamos. Lo que ellos pudieron por los ojos, lo podemos nosotros por la fe. Vemos con el espíritu lo que no podemos con los ojos. Y somos a ellos preferidos, porque de nosotros se dijo: Bienaventurados los que no ven y creen. Y añadido que tal vez hemos comprendido también lo que no comprendió aquella gente. Y verdaderamente hemos sido alimentados nosotros, porque hemos podido llegar hasta la medula del grano de cebada.

7. ¿Qué dice, finalmente, aquella gente que presenció el milagro? Aquella gente decía: Este es, sin duda, un profeta. Tal vez miraban a Cristo como profeta, porque estaban sentados sobre heno. Más Él era el Señor de los profetas, el inspirador y el santificador de los profetas, pero profeta también; porque se dijo también a Moisés: Levantaré entre ellos un profeta semejante a ti; semejante en la carne, pero no en la majestad. Claramente se explica y se lee en los Hechos de los Apóstoles que aquella promesa del Señor miraba a Cristo. El mismo Señor habla así de sí mismo: No existe profeta alguno sin honor sino en su patria. El Señor es profeta, el Señor es el Verbo de Dios, y no hay profeta que profetice sin el Verbo de Dios. Con los profetas está el Verbo de Dios, y profeta es también el Verbo de Dios. Los tiempos que nos han precedido merecieron profetas inspirados y llenos del Verbo de Dios; nosotros, en cambio, merecimos al profeta, que es el mismo Verbo de Dios. Como Cristo es profeta y Señor de los profetas, así también Cristo es ángel y Señor de los ángeles. El mismo es llamado ángel del gran consejo. ¿Qué dice, sin embargo, en otro lugar el profeta? Que ningún legado ni ángel, sino El mismo, vendría a salvarlos; es decir, que no enviaría legado ni ángel, sino que vendría El mismo. ¿Quién vendrá? El ángel mismo. No por un ángel, sino por El, que es ángel y también Señor de los ángeles. Ángel en latín es heraldo. Si Cristo no anunciara nada, no sería ángel; como, si no profetizara, tampoco sería profeta. Él nos excita a la fe, a la conquista de la vida eterna. El anuncia cosas presentes y predice cosas futuras. Él es ángel, porque anuncia cosas presentes, y profeta, porque predice las futuras. Es el Señor de los ángeles y de los profetas, porque el Verbo de Dios se hizo carne.

[Volver](#)

Aplicación

P. Alfredo Saenz, S.J.

LA EUCARISTIA, SACRAMENTO DE LA UNIDAD ECLESIAL

En éste y en los próximos cuatro domingos, el evangelio está tomado del capítulo sexto de San Juan. Dentro de ese capítulo, el episodio de la multiplicación de los panes que se acaba de leer, prefigurado por la multiplicación de panes que hizo Eliseo, según se nos relató en la primera de las lecturas, es una revelación de la bondad abrumadora de Jesús, y da pie a una variada gama de comentarios que va desde la justicia social hasta la generosidad, la misericordia, etc. Sin embargo, cuando los Padres de la Iglesia se refirieron a ese hecho, mostraron predilección por referirlo al banquete eucarístico. Porque podemos decir que así como Jesús, al contemplar a esa multitud famélica que lo seguía sin pausa, sintió que sus entrañas se conmovían, de manera semejante, al contemplar, como Señor de la historia, la inmensa caravana de hombres que llenaría los siglos que van desde su Encarnación a la Parusía, no pudo menos de conmoverse también y de decir: Tengo compasión de esta multitud, porque me siguen, al menos implícitamente, buscando la vida, la salvación, la felicidad. No los puedo enviar de vuelta a sus casas. Y nos dio la Eucaristía, distribuida por los apóstoles, es decir, por la Iglesia. Hablemos, pues, hoy, acerca de la Eucaristía, que es la fuente de nuestra vida cristiana. Lo seguiremos haciendo durante los próximos domingos, siempre en base al capítulo sexto de San Juan, que versa todo él sobre el sacramento del altar.

Amplio es el abanico de temas que nos ofrece la Sagrada Eucaristía. Habiendo escuchado en esta misa el milagro de la multiplicación de los panes en favor del pueblo que seguía al Señor, detengámonos hoy más especialmente en considerar a la Eucaristía como sacramento de la unidad de la Iglesia.

Enseña Santo Tomás que el fin último de la Eucaristía no es la unión personal con Cristo —de lo cual hablaremos más adelante— sino, a través de Cristo, la unión más estrecha con la Iglesia, la edificación de la Iglesia. Lo primero que llama la atención en la Eucaristía es su carácter de banquete, manifestándose ya en este símbolo exterior, en los manteles tendidos, en el pan y el vino —vuelto Cristo— compartidos, la interior realidad unitiva que efectivamente se produce entre los que de ella participan. Igualmente, tanto el pan, elaborado con muchos granos de trigo, como el vino, exprimido de muchos racimos, constituyen también un

símbolo de la íntima unidad que la Eucaristía realiza entre nosotros, que somos muchos. Asimismo la gota de agua que se mezcla con el vino es expresión del pueblo cristiano que se sumerge en Cristo. Es decir que ya en el plano de los signos: banquete, pan, vino, gota de agua, la Eucaristía se muestra como sacramento de unidad de la Iglesia.

Pero esto no es todo. La misma presencia de Cristo, presencia sustancial, que es, sin duda, una realidad, se ordena, sin embargo, a una realidad ulterior: la unidad de la Iglesia. El que recibe la Eucaristía, por el hecho mismo de recibirla, manifiesta que está unido con Cristo e incorporado a su Cuerpo. La unidad de la Iglesia deriva de su unidad en Cristo. La Cabeza del Cuerpo hace la unidad de los miembros del Cuerpo. En este sentido decimos que la Eucaristía es el sacramento de la unidad de la Iglesia por el hecho de que muchos son uno en Cristo. Si bien la Eucaristía es Cristo que penetra en nosotros, también por la Eucaristía nosotros penetramos en Cristo. Y dentro de Cristo, donde la división no tiene cabida, nos encontramos con un bosque de hermanos.

Detengámonos en este pensamiento tan fecundo. El cuerpo de Cristo que recibimos en la Eucaristía es su cuerpo glorioso, dominado por el Espíritu Santo. Ese Cuerpo "espiritualizado" de Cristo, al ingresar una y otra vez en nuestro interior, va absorbiendo progresivamente nuestra carne mortal y perecedera, esa carne que no sólo se obstina en ser refractaria al Espíritu, sino que también opone sus límites a la fusión perfecta de los miembros de la Iglesia.

Todos nosotros, por naturaleza, estamos divididos en personas bien diferentes, individuales y separadas, pero al alimentarnos de una sola carne —la de Cristo— nos mancomunamos en un solo cuerpo, el de Cristo. Por la Eucaristía comulgamos a Cristo, recibimos su carne y su divinidad. Y por la Eucaristía en cierta manera nos unimos y nos comulgamos mutuamente: participando de un mismo cuerpo y de una misma sangre, llegamos a ser un mismo cuerpo y una misma sangre, miembros los unos de los otros, concorpóreos y consanguíneos con Cristo. La multitud de la Iglesia, multitud a veces tan heterogénea por sus diferentes opciones sociales, económicas y políticas, gracias a la Eucaristía se aúna en Cristo. Porque si es cierto que la Iglesia hace la Eucaristía, no lo es menos que la Eucaristía edifica a la Iglesia. En este circuito permanente, la Iglesia va creciendo día a día sobre su piedra angular, sobre el Señor, "hasta que venga".

Y conste que no se trata de una unión que nos relacionaría tan sólo a quienes en la ocasión comulgan con nosotros. La Eucaristía nos une también con los innumerables cristianos que poblaron el curso de los siglos, desde la época de los mártires hasta el En de los tiempos, que se alimentaron y se alimentarán como

nosotros del mismo cuerpo. En el curso de las edades, por encima de las fronteras, la multitud de los cristianos recibe el único Cuerpo para hacerse un Cuerpo único.

Si queremos ser completos, debemos decir que esa unión tan estrecha se extiende también a los ángeles y a los santos, que no sólo comulgan a Dios directamente, sin pasar por los velos eucarísticos, sino que también durante la misa hacen acto de presencia rodeando el altar y acompañando nuestra súplica. De este modo, en la Eucaristía, sacramento reunidor por excelencia, convergen lo superior y lo inferior, el ciclo y la tierra, para entonar en armonía el Sanctus permanente de la alabanza celestial.

Sería ilícito, amados hermanos, que pusiéramos punto final a esta homilía sin haber aludido a la necesidad de que nuestra unión eucarística en Cristo se traduzca en la vida cotidiana, se exprese en la vida de cada día. A eso nos exhortó San Pablo en la epístola de hoy, una especie de himno a la unión: "Tratad de conservar la unidad del Espíritu, mediante el vínculo de la paz. Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, así como hay una misma esperanza, a la que vosotros habéis sido llamados, de acuerdo con la vocación recibida. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Hay un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos".

La Eucaristía nos empeña a una nueva conducta cristiana, nos comunica un aumento de caridad sobrenatural, que normalmente debería provocar una intensificación práctica de la caridad efectiva. La falta de caridad, que tantas veces marchita nuestra vida, es, en el fondo, una falta contra el Cuerpo y la Sangre de Cristo. El pecado contra el Cuerpo Místico de Cristo es siempre un pecado contra el Cuerpo Eucarístico de Cristo. La Eucaristía, cuya última "realidad- es, según vimos, la unidad eclesial, nos exige que demos expresión al hábito de la caridad, que es el vínculo de la unidad de la Iglesia, nos exige que la manifestemos en "actos-, que son como el rebrote palpitante de la Eucaristía recibida. Examinemos, pues, hoy, cuánto haya de falso en el signo de caridad que ponemos todos los domingos. Para corregirnos, y para hacer que nuestra vida coincida con lo que creemos y con lo que decimos.

Dentro de pocos minutos nos acercaremos a recibir el Cuerpo de Jesús. Pidámosle que así como sació al pueblo que lo seguía, multiplicando el pan material, de manera similar se reparta entre nosotros, saciando nuestra hambre de Dios. Y que esta comunión, expresión de nuestra incorporación a la Iglesia, sea para todos nosotros signo empeñativo de una nueva conducta, de una conducta en la caridad, al mismo tiempo que preludio de la felicidad eterna donde seremos consumados en la unidad.

(SAENZ, A., *Palabra y Vida*, Ciclo B, Ediciones Gladius, Buenos Aires, 1993, p. 215-220)

Volver

San Juan Pablo II

"¿Dónde podemos comprar el pan para que éstos puedan comer?"

Ante la multitud, que le había seguido desde las orillas del mar de Galilea hasta la montaña para escuchar su palabra, Jesús da comienzo, con esta pregunta, al milagro de la multiplicación de los panes, que constituye el significativo prelude al largo discurso en el que se revela al mundo como el verdadero Pan de vida bajado del cielo (cf. Jn 6, 41).

Hemos oído la narración evangélica: con cinco panes de cebada y dos peces, proporcionados por un muchacho, Jesús sacia el hambre de cerca de cinco mil hombres. Pero éstos, no comprendiendo la profundidad del "signo" en el cual se habían visto envueltos, están convencidos de haber encontrado finalmente al Rey-Mesías, que resolverá los problemas políticos y económicos de su nación. Frente a tan obtuso malentendido de su misión, Jesús se retira, completamente solo, a la montaña.

También nosotros, hermanos y hermanas carísimos, hemos seguido a Jesús y continuamos siguiéndole. Pero podemos y debemos preguntarnos: ¿Con qué actitud interior? ¿Con la auténtica de la fe, que Jesús esperaba de los Apóstoles y de la multitud cuya hambre había saciado, o con una actitud de incomprensión? Jesús se presentaba en aquella ocasión algo así —pero con más evidencia— como Moisés, que en el desierto había quitado el hambre al pueblo israelita durante el éxodo; se presentaba algo así —y también con más evidencia— como Eliseo, el cual con veinte panes de cebada y de álaga, había dado de comer a cien personas. Jesús se manifestaba, y se manifiesta hoy a nosotros, como Quien es capaz de saciar para siempre el hambre de nuestro corazón: "Yo soy el pan de vida; el que viene a mí ya no tendrá más hambre y el que cree en mí jamás tendrá sed" (Jn 6, 35).

El hombre, especialmente el de estos tiempos, tiene hambre de muchas cosas: hambre de verdad, de justicia, de amor, de paz, de belleza; pero sobre todo,

hambre de Dios. "¡Debemos estar hambrientos de Dios!", exclamaba San Agustín (famelici Dei esse debemus: Enarrat. in psalm. 146, núm. 17: PL, 37, 1895 s.). ¡Es El, el Padre celestial, quien nos da el verdadero pan!

Este pan, de que estamos tan necesitados, es ante todo Cristo, el cual se nos entrega en los signos sacramentales de la Eucaristía y nos hace sentir, en cada Misa, las palabras de la última Cena: "Tomad y comed todos de él; porque este es mi Cuerpo que será entregado por vosotros". Con el sacramento del pan eucarístico —afirma el Concilio Vaticano II— "se representa y realiza la unidad de los fieles, que constituyen un solo Cuerpo en Cristo (cf. 1 Cor 10, 17). Todos los hombres son llamados a esta unión con Cristo que es Luz del mundo; de El venimos, por El vivimos, hacia El estamos dirigidos" (Lumen gentium, 3).

El pan que necesitamos es, también, la Palabra de Dios, porque, "no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt 4, 4 cf. Dt 8, 3). Indudablemente, también los hombres pueden pronunciar y expresar palabras de tan alto valor. Pero la historia nos muestra que las palabras de los hombres son, a veces, insuficientes, ambiguas, decepcionantes, tendenciosas; mientras que la Palabra de Dios está llena de verdad (cf. 2 Sam 7, 28; 1 Cor 17, 26); es recta (Sal 33, 4); es estable y permanece para siempre (cf. Sal 119, 89; 1 Pe 1, 25).

Debemos ponernos continuamente en religiosa escucha de tal Palabra; asumirla como criterio de nuestro modo de pensar y de obrar; conocerla, mediante la asidua lectura y personal meditación. Pero, especialmente, debemos hacerla nuestra, llevarla a la práctica, día tras días, en toda nuestra conducta.

Por último, el pan que necesitamos es la gracia, que debemos invocar y pedir con sincera humildad y con incansable constancia, sabiendo bien que es lo más valioso que podemos poseer.

El camino de nuestra vida, trazado por el amor providencial de Dios, es misterioso, a veces humanamente incomprensible y casi siempre duro y difícil. Pero el Padre nos da el "pan del cielo" (cf. Jn 6, 32), para ser aliviados en nuestra peregrinación por la tierra.

Quiero concluir con un pasaje de San Agustín, que sintetiza admirablemente cuanto hemos meditado: "Se comprende muy bien... que tu Eucaristía sea el alimento cotidiano. Saben, en efecto, los fieles lo que reciben y está bien que

reciban el pan cotidiano necesario para este tiempo. Ruegan por sí mismos, para hacerse buenos, para perseverar en la bondad, en la fe, en la vida buena... La Palabra de Dios, que cada día se os explica y, en cierto modo, se os reparte, es también pan cotidiano" (Sermo 58. IV: PL, 38, 395).

¡Que Cristo Jesús multiplique siempre también para nosotros, su pan!

¡Así sea!

(Castelgandolfo, domingo 29 de julio de 1979)

Volver

P. Gustavo Pascual, I.V.E.

La multiplicación de los panes

Jesús se compadece de la gente y les da pan. Es un gesto muy paternal de parte de Jesús.

Le seguían para que los curara de sus enfermedades y Él les va a dar un signo que es figura de la Eucaristía, el verdadero alimento del hombre.

Tanto les impactó el signo que algunos lo confesaron como "el profeta" del que había hablado Moisés ^[1].

Otros, más mundanos, lo quieren hacer rey. Jesús no quiere ser rey del pan, dice Fulton Sheen. El venía a reinar en los hombres pero con un reinado espiritual no terrenal.

Jesús le dice a Pilato: "mi reino no es de este mundo" ^[2]. Jesús ha nacido y ha venido al mundo para reinar pero no para un reinado que acabe con el hambre y que provea de confort a los hombres sino para que sometidas las voluntades de los hombres a Él aquí en la tierra puedan reinar luego con Él en su reino. Jesús huyó de un reinado de bienestar material.

Pero, ¿acaso Cristo no quiere reinar sobre todo el hombre? Un reino temporal próspero se daría si todos se sometieran a la reyesía de Cristo. Porque si los hombres obedecieran a Cristo-Rey en sus mandamientos la sociedad andaría bien y se tendrían las cosas materiales necesarias para que los hombres se dedicaran a Dios.

Al no comprender la finalidad del signo, que era manifestarse como Mesías, la mayoría se quedaron en su bienestar material. Algunos, sin embargo, lo entendieron y lo proclamaron Profeta. Pero, ¿sería impresionante conocer un rey que hiciera milagros para producir pan en abundancia! Jesús huye... no quiere alimentar una concepción de un Mesías temporal.

Hoy también se anhela un mesías temporal que arregle todos los problemas materiales pero sin conversión a Dios, lo cual, es una utopía que han intentado volverla real muchos mesías en la historia.

Pero puede realizarse, al menos por un tiempo, a base de fraudes y engaños. Esto es lo que realizará el anticristo. El no huirá de un reinado temporal al margen de Dios y con su habilidad tendrá éxito al menos por un tiempo. La utopía la hará realidad con más éxito que el comunismo y el liberalismo y demás ideologías que a lo largo de la historia lo han intentado.

* * *

En cuanto al milagro Cristo sabía bien lo que iba a hacer pero deja que opinen sus discípulos: uno dice que necesitarían doscientos denarios para darle a cada uno su pan; otro que había conseguido cinco panes y dos peces, pero que era para tantos... unos cinco mil hombres.

Jesús con un milagro alimenta a todos los allí presentes. Ninguno de los que estaban con Jesús pensó siquiera, y eso que habían visto signos, que Jesús pudiera dar de comer a tal cantidad de personas. Y Jesús hizo un signo distinto de los que había hecho. Multiplicó cinco panes y dos peces para dar de comer a cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. Hizo un signo para manifestarse Mesías y también para preparar a los allí presentes, en especial a sus discípulos, a la revelación de la Eucaristía, pan que da la verdadera vida.

Todo es providencial en este evangelio. Jesús se retira a la otra orilla del mar para estar a solas con sus discípulos y la gente lo sigue para que cure a sus enfermos. Él además de curar a sus enfermos les da de comer, preparándolos, como hemos dicho, para el discurso del pan de vida, pero ellos se confunden, no lo entienden y quieren hacerlo rey. Jesús nuevamente se retira para orar a solas en el monte. Hablaría con su Padre del plan que tenían y cómo los hombres no entendían ese plan sino que su mirada era terrena. Desahogarían en su Padre la incompreensión de los hombres y el rechazo de su amor.

[Volver](#)

Ejemplos Predicables

EL PAN DE CRISTO

El siguiente es el relato verídico de un hombre llamado Víctor.

Al cabo de meses de encontrarse sin trabajo, se vio obligado a recurrir a la mendicidad para sobrevivir, cosa que detestaba profundamente.

Una fría tarde de invierno se encontraba en las inmediaciones de un club privado cuando observó a un hombre y su esposa que entraban al mismo. Víctor le pidió al hombre unas monedas para poder comprarse algo de comer.

Lo siento, amigo, pero no tengo nada de cambio -replicó éste.

La mujer, que oyó la conversación, preguntó:

¿Qué quería ese pobre hombre?

Dinero para una comida. Dijo que tenía hambre -respondió su marido.

Lorenzo, no podemos entrar a comer una comida suntuosa que no necesitamos y ¡Dejar a un hombre hambriento aquí afuera!

Hoy en día hay un mendigo en cada esquina! Seguro que quiere el dinero para beber. Contestó él.

La mujer dijo: ¡Yo tengo un poco de cambio! Le daré algo.

Aunque Víctor estaba de espaldas a ellos, oyó todo lo que dijeron, avergonzado, quería alejarse corriendo de allí, pero en ese momento oyó la amable voz de la mujer que le decía: Aquí tiene unas monedas. Consígase algo de comer, aunque la situación está difícil, no pierda las esperanzas. En alguna parte hay un empleo para usted. Espero que pronto lo encuentre.

¡Muchas gracias, señora! Me ha dado usted ocasión creer y confiar para comenzar de nuevo y me ha ayudado a cobrar ánimo. Jamás olvidaré su gentileza.

Estará usted comiendo El Pan de Cristo! Compártalo -dijo ella con una cálida sonrisa dirigida más bien a un hombre y no a un mendigo.

Víctor sintió como si una descarga eléctrica le recorriera el cuerpo, encontró un lugar barato donde comer, gastó la mitad de lo que la señora le había dado y resolvió guardar lo que le sobraba para otro día, comería el pan de Cristo dos días. Una vez más, aquella descarga eléctrica corría por su interior. ¡El Pan de Cristo! ¡Un momento! -pensó-. No puedo guardarme el pan de Cristo solamente para mí mismo.

Le parecía estar escuchando el eco de un viejo himno que había aprendido en la escuela dominical. En ese momento pasó a su lado un anciano.

Quizás ese pobre anciano tenga hambre -pensó-. Tengo que compartir el pan de Cristo.

Oiga -exclamó Víctor-. ¿Le gustaría entrar y comerse una buena comida?

El viejo se dio vuelta y lo miró incrédulo.

¿Habla usted en serio, amigo? El hombre no daba crédito a su buena fortuna hasta que se sentó a una mesa cubierta con un hule y le pusieron delante un plato de guiso caliente.

Durante la cena, Víctor notó que el hombre envolvía un pedazo de pan en su servilleta de papel.

¿Está guardando un poco para mañana? -le preguntó.

No, no. Es que hay un chico que conozco por donde suelo frecuentar, la ha pasado

mal últimamente y estaba llorando cuando lo dejé, tenía hambre. Le voy a llevar el pan.

El Pan de Cristo! Recordó nuevamente las palabras de la mujer y tuvo la extraña sensación de que había un tercer Convidado sentado a aquella mesa. A lo lejos las campanas de una iglesia parecían entonar a los dos el viejo himno que le había sonado antes en la cabeza. Los dos hombres llevaron el pan al niño hambriento, que comenzó a engullírselo. De golpe se detuvo y llamó a un perro, un perro perdido y asustado.

Aquí tienes, perrito. Te doy la mitad -dijo el niño. El Pan de Cristo alcanzará también para ti. El niño había cambiado totalmente de semblante. Se puso de pie y comenzó a vender el periódico con entusiasmo.

Hasta luego -dijo Víctor al viejo-. En alguna parte hay un empleo para usted. Pronto dará con él. No desespere.

¿Sabe? -su voz se tornó en un susurró-. Esto que hemos comido es el Pan de Cristo. Una señora me lo dijo cuando me dio aquellas monedas para comprarlo. El futuro nos depara algo bueno!

Al alejarse el viejo, Víctor se dio vuelta y se encontró con el perro que le olfateaba la pierna. Se agachó para acariciarlo y descubrió que tenía un collar que llevaba grabado el nombre del dueño y su dirección. Víctor recorrió el largo camino hasta la casa del dueño del perro y llamó a la puerta. Al salir éste y ver que había encontrado a su perro, se puso contentísimo, de golpe la expresión de su rostro se tornó seria. Estaba por reprocharle a Víctor que seguramente había robado el perro para cobrar la recompensa, pero no lo hizo, Víctor ostentaba un cierto aire de dignidad que lo detuvo.

En cambio dijo:

En el periódico vespertino de ayer ofrecí una recompensa. ¡Aquí tiene!

Víctor miró el billete medio aturdido.

No puedo aceptarlo -dijo quedamente-. Solo quería hacerle un bien al perro.

Téngalo! Para mi lo que usted hizo vale mucho más que eso, le interesará un empleo? Venga a mi oficina mañana, me hace mucha falta una persona íntegra como usted.

Al volver a emprender Víctor la caminata por la avenida, aquel viejo himno que recordaba de su niñez volvió a sonarle en el alma, se titulaba: 'Parte el Pan de Vida'...

'No os canséis de dar, pero no deis las sobras, dad hasta sentirlo, hasta que duela'. Que el Señor nos conceda la gracia de tomar nuestra cruz y seguirlo, aunque duela.

Volver

E- mail: homiletica@iveargentina.org
homiletica.ive@gmail.com

Instituto del Verbo Encarnado - Provincia "Nuestra Señora de Luján" - iveargentina.org

Copyright © 2015 Instituto del Verbo Encarnado

[\[1\]](#) Dt 18, 15.18

[\[2\]](#) Jn 18, 36